

Sicko, de Michael Moore

o de cómo el cine puede hacer un comentario social

El cine es la historia de la distancia entre el ser real y el ser ideal.

Abbas Kiarostami.

Prácticamente desde los orígenes del cinematógrafo, en aquellas primeras vistas que proyectaron los hermanos Lumière en los altos del Café de París una fría tarde de diciembre de 1895, el documental se ha revelado como imagen y testigo de la realidad social.

Capaz de retratar lo mismo el comportamiento de un personaje en particular que de cuestionar políticas públicas o corporativas, el cine de no ficción se ha convertido en un referente de la conciencia de un grupo de personas desde donde es posible denunciar o aplaudir a estadistas o empresarios.

Así, innovador y rebelde desde sus inicios, un artista y revolucionario de la talla de Luis Buñuel, que llevara por primera vez el surrealismo al cine con *Un perro andaluz* (1929) y *La edad de oro* (1930), abandona la ficción para acogerse al documental en su tercera cinta como realizador. El título en cuestión, *Las Hurdes*, es un crudo documental basado en un sorprendente estudio de antropología de Maurice Legendre. Con ese cambio radical de dirección, Buñuel se alejaba de la vanguardia surrealista con la que sacudió a la Europa de finales de los años veinte para tomar en consideración la crítica y la denuncia social, en un surrealismo que tenía —de manera inevitable tratándose de él— como arma principal el escándalo. Su objetivo: hacer visible el terrible atraso en que vivía una población paupérrima a unos cuantos kilómetros de distancia de Madrid. Dar a conocer que,

entre muchas otras cosas, en la tercera década del siglo XX en ese lugar no se conocía el pan.

Esa primera aventura documental del cineasta aragonés resultó algo que, seguramente sin proponerse, vaticinaba las últimas tendencias de la representación de la realidad fílmica que dominan en nuestros días y que se presume han sido desarrolladas en universidades prestigiosas del primer mundo. Nuevas maneras de acercarse a lo real bautizadas como “Antropologías visuales” o “Etnoficciones”, entre las que se puede mencionar el trabajo multipremiado en festivales y congresos como el de J. P. Sniadecki (*El ministro del hierro*, 2014) o el de Ricardo Silva (*Navajazo*, 2014).

Lejos de la academia, pero siguiendo la estela de genios de la talla de Buñuel, y aprovechando los avances tecnológicos que un siglo de lo audiovisual le permiten —desde la aparición de las grabadoras de audio portátiles, películas de mayor sensibilidad, objetivos que consiguen rodar con luz natural y lentes múltiples como el zoom hasta nuevos formatos de video o digitales— una nueva superestrella de la denuncia aparecería en los ochenta para



FERNANDO MORENO SUÁREZ

Académico de tiempo completo en el Departamento de Comunicación de la Universidad Iberoamericana Ciudad de México, conductor de El cine y... en Ibero 90.9 y socio de la Productora Los Olvidados.

THE HILARIOUS NEW FILM FROM THE AWARD-WINNING DIRECTOR OF FAHRENHEIT 9/11

**“Exhilarating and hilarious.
Magnificent”**

Peter Bradshaw, THE GUARDIAN

**“Wickedly entertaining
See it no matter what”**

Pete Hammond, MAXIM

**“One of the year’s best.
You’ll laugh till it hurts”**

Peter Travers, ROLLING STONE

A FILM BY

MICHAEL MOORE SICKO

12A REQUIRE THE USE OF
STRONG LANGUAGE

alborotar de manera única el avispero. Su nombre: Michael Moore.

Responsable de una filmografía que lo mismo ha cuestionado el cierre de una de las plantas más grandes del mundo de la General Motors en su natal Flint (*Roger and Me*, 1989) que la incomprensible y popular cultura de las armas que domina el día a día en su país desde hace muchos años (*Bowling for Columbine*, 2002), Moore es mucho más que un cineasta incómodo. Muestra de ello es su análisis incisivo y crítico sobre el sistema médico estadounidense en *Sicko* (2007), un duro retrato de cómo, en el mismísimo corazón de la potencia mundial de nuestro tiempo, los servicios de salud son accesibles sólo para unos cuantos.

Dueño de un estilo peculiar en donde su protagonismo parece indispensable, y reivindicando el documental como algo que va mucho más allá de una versión del reportaje televisivo, Moore usa su presencia a cuadro para preguntarse por qué en la poderosa “América” los pobres no pueden costearse los estudios clínicos más elementales.

Así, comparando lo que sucede en su nación con el funcionamiento de las polí-

Michael Moore nos recuerda con su obra que las películas de no ficción pueden ser taquilleras y bien recibidas por el gran público, y que desde el cine también se pueden hacer comentario social y cuestionar la realidad.

ticas públicas sanitarias con países como Alemania, Francia, Bélgica, el Reino Unido y hasta Cuba —mención especial merece la secuencia de una “excursión en barco” a recibir consulta gratuita de un grupo de estadounidenses a Guantánamo—, Moore desnuda carencias y aberraciones que se antojan inverosímiles en los Estados Unidos.

Mencionando por su nombre propio a políticos y empresarios responsables de que 45 millones de ciudadanos de los Estados Unidos no tengan acceso a medicinas y atención sanitaria, *Sicko* resulta un divertido y contundente ensayo filmado que es indispensable para entender los complejos mecanismos que relacionan el poder con la salud.

Famoso por ganar la Palma de oro en Cannes con *Fahrenheit 9/11* (2004), y por su discurso incendiario al recoger el Oscar a mejor documental por *Bowling for Columbine* (2002) en el que increpó al mismísimo presidente Bush, Michael Moore nos recuerda con su obra que las películas de no ficción pueden ser taquilleras y bien recibidas por el gran público, y que desde el cine también se pueden hacer comentario social y cuestionar la realidad. 1